

## EL AUGE DEL ENSAYO EN LA ESPAÑA TRANSTERRADA

A la memoria de Pedro Salinas (1891-1951)

No sería arbitrario mantener que el ensayo —en su más estricta acepción— ha sido la forma literaria más afortunada en el medio siglo siguiente a la gran diáspora española de 1939. Y hasta tal punto que me atrevo a sostener que el período aludido quedará, en la historia literaria española e hispanoamericana, como una de las grandes épocas del ensayo hispánico. En suma, el exilio no fue dañino para el ensayo español: e, incluso, me arriesgaría a afirmar (como hizo el gran poeta catalán Agustí Bartra respecto a su poesía) que el exilio ha sido verdaderamente providencial para el ensayo español.

La primera causa del singular auge del ensayo español en el exilio es de orden histórico-intelectual. Precisamente uno de los más destacados ensayistas del exilio español —José María Ferrater Mora— ha escrito que «un pensamiento es, ante todo, su forma de expresión». Ferrater (siguiendo, en cierto grado, a Eugenio D'Ors) contestaba, así, a los europeos transpirenaicos que habían identificado «pensamiento» y «sistema»: esto es, como los españoles e hispanoamericanos no habían construido sistemas, similares a los germánicos, no habían verdaderamente pensado. El mismo Ortega, en sus mocedades, había llegado a expresar la voluntad de pensar «sistemáticamente». Más tarde, en cambio, casi formuló lo que Ferrater ve con nitidez: no es indispensable el *sistema* formal para pensar sistemáticamente, puesto que hay muchas formas de pensar con coherencia interna y con rigor sistemático. Una de ellas, en la

---

*Revista de Occidente*, ISSN 0034-8635, No. 116, 1991, págs. 5-12.

Estas notas fueron leídas (y ahora ampliadas) en un simposio celebrado en el madrileño Centro Cultural de la Villa, en noviembre de 1989, para conmemorar el 50° aniversario de la llegada a las Américas de los primeros republicanos españoles, refugiados en Francia tras la conclusión de la guerra civil. Agradezco nuevamente a Nicolás Sánchez Albornoz su invitación a participar en aquel melancólico encuentro.

historia literaria e intelectual hispánica, es, justamente, el ensayo, o como D'Ors decía, el «pensar por ensayos». La coherencia interna no es, en este caso (observa Ferrater Mora) la cohesión objetiva conceptual, sino la individual integridad del autor: basta mencionar la persona y obra de Miguel de Unamuno, para tener un ejemplo acabado de lo señalado por Ferrater. ¿Quién puede dudar que Unamuno es *el* ensayista hispánico por antonomasia? Es más, *su* España, la de 1898-1936, fue, patentemente, la Edad de Oro del ensayo español.

Algunos de los ensayistas de esa época —por ejemplo, Azorín— fueron, en el exilio, los continuadores de sí mismos. Para otros, el rompimiento que, en sus vidas propias, marcó el exilio, les llevó a escoger el silencio: sería el caso de Ortega. Aunque en general, los escritores exiliados encontraron en el ensayo un medio de sobrevivir, un *gagne-pain* abundante: los periódicos y revistas de las Américas de lengua española necesitaban, justamente, ensayistas. Pero, también, el ensayo fue el sustituto de la comunicación oral que siempre necesitan muchos temperamentos intelectuales españoles. Así, en Pedro Salinas, el ensayo es, como las cartas a los amigos, una forma de compensar la ausencia de tertulias y modalidades análogas de la convivencia social española de *ante bellum*. Es pertinente, ahora, recordar que, para muchas publicaciones periódicas de las Américas hispánicas, la presencia de los escritores españoles fue también un refuerzo, a veces considerable, de plumas literarias de marcada calidad. Mas es patente también que la América de lenguas ibéricas permitió a los escritores españoles el continuo uso de su propio idioma, como instrumento de trabajo, en contraste con lo que sucedió a otros escritores europeos —en su mayoría de lengua alemana— exiliados en los Estados Unidos. Hasta los mismos españoles residentes en la república norteamericana pudieron seguir utilizando su lengua natal en las universidades donde fueron generosamente acogidos. Incluso algunos españoles escribieron mucho más, en los años de su docencia en universidades de Norteamérica, al disponer de más tiempo —¡y de mucha mayor soledad!— que antes de 1936. En resumen, en el medio siglo 1939-1989, los incentivos *materiales* han favorecido el auge del ensayo

español. Aunque no puede soslayarse un factor que procedía de la misma realidad geográfica: porque el horizonte del ensayo español fue ampliado, naturalmente, por las *circunstancias* (en el sentido orteguiano) americanas: conviene, también, en este caso, tener presente lo apuntado por Bartra sobre la universalización temática de su poesía en el exilio.

Esto es, en los primeros años de la España transterrada (los que coinciden con la II Guerra Mundial) los ensayistas españoles, en forma análoga a los del 98, practican la que podría llamarse «introspección colectiva», que pudiera explicarles todo lo sucedido en España desde 1931. Así Antonio Sánchez Barbudo (con su libro *Una pregunta sobre España*) y José Ferrater Mora, con su ensayo *España y Europa*, fueron voces casi nacidas en el exilio. Pero no podían hacer el profundo examen de conciencia que reclamaba la inmediata posguerra española por parte de los derrotados: ¡y no lo podían hacer porque no se sentían «culpables», con razón, de lo sucedido en su patria! Sí, en cambio, estaban abrumados por un hondo sentimiento de culpabilidad los escritores de la generación de 1914, la de Ortega, los escritores de la «mayor» generación modernizadora de España. Una de las grandes figuras de esa atormentada introspección colectiva fue Américo Castro, con su libro de 1948 *España en su historia*, vivo ejemplo del hispánico pensar «por ensayos». De ahí que no pueda escribirse la historia intelectual de la España del siglo XX sin dar considerable espacio a la fase *transterrada* de la aludida generación de 1914. Dicho sea de paso, es de lamentar que un notable pensador catalán recientemente fallecido, Eduardo Nicol (con quien estudié en Barcelona en 1938), persistiera en rechazar la legitimidad semántica del neologismo «transterrado» de mi también maestro de la UNAM mexicana, José Gaos. Porque el profesor Gaos se sentía incómodo con el término «exiliado» (o «desterrado», o «expatriado»), del mismo modo que, todos los que hablamos español, nos sentimos ofendidos al ser denominados «extranjeros» en un país de nuestro idioma. Gaos representó, además, una nueva fase de la «introspección colectiva» hispánica al emprender sus cursos y estudios sobre los ensayistas de lengua española: véase su excepcional (aún) *Antología del*

*pensamiento de lengua española*. Mas la continuación del régimen caudillista determinó, finalmente, que algunos ensayistas transterrados abandonaran, como pesoso lastre, ciertas cuestiones españolas, y tomaran como objeto de sus meditaciones muchos temas de los que el mundo de su tiempo ofrecía. Por ejemplo, Pedro Salinas, *novel* ensayista (aunque ya había escrito antes de 1936 una notable prosa lírica y reseñas muy literarias), publicó, en 1948, un notable libro de ensayos, *El defensor*. Y no es ocioso observar que una de las «defensas» hechas por Salinas (la de la lengua española) no hubiera podido ser escrita por su autor a menos de estar en las Américas de su idioma y de conocer, directamente, los problemas de una cultura hispánica con una peligrosa frontera interna espiritual y lingüística como la de Puerto Rico. Esto es, los ensayistas transterrados se encontraron, en las Américas de lengua española, con objetos literarios nuevos, con *incitaciones* que terminaron a veces por transformarles completamente. ¿Quién hubiera podido predecir así, antes de 1939, el carácter casi místico de los ensayos de Juan Larrea? Si hubiera podido decirse, en cambio, que José Bergamín —ensayista ya conocido en 1936 por su acusado cultivo de la paradoja unamuniense— iba a prosperar en el seno de la que él llamó *España Peregrina*: y ahí están las inimitables páginas de *El Pasajero*, una revista unipersonal, de linaje literario muy español. Aunque el ensayista esencial que fue Bergamín requeriría mucha más atención de la que podemos dedicarle ahora: tiene, además, la singularidad de que pudo regresar a España, antes y después de 1975. Añadamos que cuando lo vi en París en 1955, para explicar su próximo regreso a la patria, decía que iba a renovar su pasaporte de exiliado: ¡y tuvo muchísima más razón de la que él sospechaba! Veinte años más tarde, el malabarismo paradójico de Bergamín no correspondió a la nueva situación democrática española (tras la Constitución de 1978) y tuvo un final que desfiguró su profunda raigambre española.

Un ensayista, en cambio, que ha contribuido, más que muchos políticos, al arraigo de la España democrática ha sido Francisco Ayala. La biografía literaria de Ayala requeriría una consideración muchísimo más extensa de la que ahora podemos dedicarle. Francisco Ayala, como todos sabemos, es

también un eminente autor de obras de ficción, de tratados sociológicos y de escritos de memorias autobiográficas. Y no me inhibe su presencia en esta mesa para declarar que Francisco Ayala es, sin duda posible, una de las cabezas más serenas de la España de este siglo. Una singular escritora francesa (Marie Leneru) solía decir que el intelectual lo es porque, mucho más que los demás seres humanos, *está* siempre en la realidad. Quizás sea esto debatible, pero es enteramente cierto en los ensayos de Ayala. Ha residido, desde 1939, en la Argentina, Brasil, Puerto Rico y los Estados Unidos, y, por supuesto en España. Los ensayos de Ayala constituyen un conjunto que cabría llamar *meditaciones americanas*, mas, en contraste con las de Keyserling, han sido el resultado de una perspectiva profundamente liberal, en su más preciso sentido. Ser «realista» (en cuanto intelectual) no es, para Ayala, transigir con situaciones políticas despóticas, o deliberadamente ambiguas. Ayala observa y analiza, con una valentía que desconcierta a muchos lectores víctimas (¡hoy más que nunca!) de confusa ingenuidad. Puede así decirse que Ayala era, en 1936, el ensayista español más preparado para abarcar más territorio humano, sin perder el norte nunca. Quizás de haber podido permanecer en España —si no hubiera habido guerra interna— Ayala habría tendido al ensayo gozoso y lúdico, próximo a su ficción de entonces. Mas también se puede decir, en su caso, que la amplitud de su experiencia humana (como exiliado) ha sido muy beneficiosa para su personalidad de ensayista. De todos modos, hay que agradecer a la providencia «cronológica» que haya permitido a Francisco Ayala renovar, en la misma España de hoy, sus lúcidas meditaciones. Es así actualmente el ensayista de mayor continuidad espiritual, entre los de lengua española.

Decía el gran Montaigne, el inventor del término «ensayo» aplicado a la literatura, que en su famoso libro *Essais* (*Ensayos*, 1580) era «él mismo la materia de su libro». Carácter que puede aplicarse, desde luego, a otro Miguel, Unamuno, el re-inventor del ensayo español del siglo XX de carácter «narcisista», o al menos egocéntrico. Y el exilio —con su consecuencia frecuente, la soledad— ha favorecido el ensayo lírico, de obvio origen

unamuniense. María Zambrano ha sido, quizás, la ensayista más representativa de esa modalidad del ensayo español. Aunque la soledad del escritor exiliado ha podido ser aprovechada también por un temperamento tan acusadamente anti-narcisista como el de José Ferrater Mora, sin duda uno de los pensadores más universales, por su temática, del último medio siglo hispánico. El ensayo de Ferrater Mora se distingue además por una fina ironía y por un modo estilístico —lo que en inglés se denomina *understatement*— que quita solemnidad afirmativa a sus palabras. Y no cabe negar que la larga residencia de Ferrater en tierras de lengua inglesa —tierras de ensayos— ha podado su castellano del tono imperativo de muchos escritores españoles. Es más, la increíble extensión de la cultura contemporánea, propia de Ferrater, sólo hubiera podido lograrla en una biblioteca norteamericana.

Sería ahora pertinente considerar a los ensayistas de mi propia generación, dos de los cuales participan en esta misma mesa: Carlos Blanco y Claudio Guillen. Ellos, como Ramón Xirau en México y Manuel Duran en los Estados Unidos, han sido ensayistas nacidos literariamente en el exilio y muestran múltiples rasgos de su condición común de discípulos de los maestros exiliados. O sea que todos han tenido la enorme fortuna de ser herederos de la España Peregrina, universitaria y literaria. Una especie de pudor colectivo me impide decir más, pero no quisiera cerrar estas sumarias consideraciones sobre el ensayo transterrado sin reiterar su variedad y riqueza desde 1939: y sin olvidar que todos los ensayistas españoles mencionados pudieron serlo por haber vivido en países donde la libertad de expresión existía como un privilegio natural (o conquistado) del ser humano. Porque el ensayista no puede ser verdaderamente *él* en un clima carente de los derechos individuales que hace doscientos años consagró la Gran Revolución de 1789. En conclusión, el ensayo es un género literario esencialmente *liberal*. Y es así lógico que la España exiliada empleara el ensayo para continuar la tradición liberal española.